





181881

SERMON

QUE EN LA TERCERA DOMINICA DE CUARESMA

PREDICÓ EL PRESBITERO

DON ANSELMO VIGORRIA Y ABARCON

REGULAR ESCLAUSTRADO DEL ORDEN DE SAN BERNARDO EN LA VILLA DE MORA ARZOBISPADO DE TOLEDO EN ESTE AÑO DE 1844, Y REPETIDO EN MADRID CON APLAUSO DEL NUMEROSO CONCURSO QUE LO OYÓ.



Miseros autem facit populos peccatum
El pecado hace miserables á los pueblos.
PROVERB. c. 14. v. 34.

CATOLICOS:

Al ver á los maestros del desenfreno elogiar el crimen, haciendo brillantes apologias del genio del mal y del desorden: al ver á nuestra desgraciada nacion inundada de libros infernales, de pinturas obscenas y de unos torrentes de iniquidad que han alarmado al gobierno y consternado á los sensatos: Al notar que mil y mil tiranos presuntuosos se empeñan en establecer su feroz imperio sobre las ruinas de nuestra religion adorable, y en estender esa licencia escandalosa que pone en peligro á la virtud mas acreditada: al reparar en fin sobre lo que todos vemos y palpamos en estos dias de general disolucion, se estremecen los honrados españoles, tiemblan los justos, lloran los fieles y hasta llegan á decir las gentes todas, que parece que no hay cristianos en medio del cristianismo, que no hay españoles, en la España, que no se encuentra la razon entre los racionales. Se nos habla de felicidad, de dicha y de ventura: pero ¿puede haberlas sin Dios, sin religion y sin virtud? Se aplauden, se ensalzan y preconizan los excesos mas monstruosos: pero el pe-

cado ¿no hace miserables á los pueblos llenándolos de calamidades? Asi lo dice el Espíritu Santo, asi lo demuestra la historia del Universo, y asi os lo voy á manifestar yo en este breve rato á ver si podemos auyentar de nuestro suelo esa sangrienta fiera del pecado que tan mal parados nos tiené. Pero antes

Doctrina cristiana. Vamos con el punto de doctrina cristiana. El sexto artículo de la fe consiste en creer que el Dios que nos crió es nuestro Salvador. Pero para que sepais lo que los cristianos creemos en este artículo debo deciros, que sabemos por la fe que Dios nos crió inocentes, en un estado feliz en que abundaban todos los bienes y se desconocian todos los males. Dueños del Universo y de nosotros mismos hubiéramos sido felices y tan venturosos como deben serlo los que saben, tienen y gozan todo lo bueno, sin idea, temor ni queja de mal alguno. Placeres justos, delicias divinas, vida sin muerte, gracia sin temor de perderla y gloria segura, esplican muy bien el dichoso estado en que nos crió el Omnipotente y en que hubiéramos vivido sino hubiéramos ofendido al que nos colmó de tantos beneficios. Pero nos rebelamos contra Dios: le desobedecimos: pecamos; y el Señor nos condenó justisimamente á las miserias, á la muerte y al infierno. ¡Que desgracia! Nacer, vivir, morir y condenarse sin remedio; que horror católicos! ¡Pues sin embargo, esta hubiera sido nuestra suerte si el Dios grande en misericordias no nos hubiera salvado. Pero se compadeció de nosotros el Dios de la paz y de toda consolacion, nos ofreció su gracia, nos libró de la esclavitud de Satanas, nos perdonó los pecados y se declaró benigno nuestro Salvador glorioso. Y señores: Dios es nuestro salvador por que nos libró de la culpa, nos ofreció su gracia y nos prometió su gloria. Creedlo así, y si quereis experimentar los frutos de vuestra salvacion sed conmigo para decir á nuestro Dios.

Señor omnipotente: vos que tanto padecisteis para destruir el imperio del pecado y establecer el de la gracia, llenadnos de un justo horror hacia los vicios, y de una firme adhesion hacia las virtudes cristianas. Haced que como españoles, seamos hijos predilectos de vuestra Madre y Señora nuestra Maria santísima de quien recibimos las gracias que necesitamos cuando con devocion la saludamos diciéndole con el Angel: AVE MARIA.

Ut supra.

El pecado, el desorden, el trastorno, la injusticia y el mal son una misma cosa: porque el pecado es contra la ley eterna ejemplar de toda rectitud, atenta contra el

orden establecido por Dios; niega al Criador y á las criaturas los derechos que les competen y es tan fecundo en males, que cuantas guerras, muertes, hambres, pestes, tempestades, volcanes, incendios y desgracias se han visto y se verán en el mundo son obras y efectos del pecado segun el Apóstol. El pecado es un negro vapor de Lucifer dirigido á derribar al Omnipotente de su trono excelso: es un cruel Saturno sediento de la sangre de sus mismos hijos: es un furioso torbellino que todo lo llena de horrores y desastres, un mónstruo esterminador... Pero ¿quién? ¿Quién será capaz de definir el pecado con la estension y gravedad de los males que causa?

Los cielos con el vacío de innumerables Angeles aherrajados en los infiernos porque pecaron: nuestros primeros Padres desterrados del paraíso por su primer pecado: Cain derramando la sangre de su hermano Abel y condenado á andar prófugo y errante sobre la tierra: los antediluvianos embrutecidos con las hijas de los hombres y ahogados con las aguas del diluvio: los de la torre de Babel confundidos y dispersados por el globo: los Sedomitas abrasados con fuego del cielo; y Faraon por que resistió al Eterno, sumergido en el Bermejo con sus doscientos cincuenta mil soldados, carros, irenes y caballos son hechos positivos que nos presenta la sagrada historia para manifestarnos los primeros pasos de la horrible sierpe del pecado.

Y si estos son los ensayos de ese genio infernal que se goza en nuestros males: ¿que devastaciones, Dios mio, ¿que devastaciones no llevará en su marcha este enemigo universal de cuanto existe? El á nadie respeta, á todos tiraniza, ni aun el infante que acaba de nacer se ve libre de su ponzoña.

Libró nuestro Dios á los hebreos de la esclavitud de los egipcios, los alimentó en el desierto con las viandas del cielo, puso un Angel á su frente, y el mismo se declaró su legislador y monarca, escogiendo á Moyses por su Ministro y á Aron por su Sacerdote. Pero los ingratos hebreos se quejaron de su Dios, murmuraron de Moyses, hicieron y adoraron un becerro, fornicaron con las hijas de Moab, se entregaron desenfrenadamente al mas escandaloso libertinaje y á toda especie de pecados, y como el pecado hace miserables á los pueblos llenándolos de calamidades subid, subid en espíritu á las montañas de Oreb para ver á su derecha 23 mil Israelitas muertos, á su izquierda 24 mil



asad os á cuchillo, y en el medio abrirse la tierra para tragar vivos á Datan, Coré y Abiron gefes de la rebelion mas espantosa. Registrad las santas Escrituras y en ellas vereis el imperio de los Asirios ocupado por los caldeos, el de los caldeos oprimido por los persas, el de los persas vencido por los griegos, el de los griegos abasallado por los romanos, y el de los romanos dividido hasta el dia de hoy entre los turcos, vándalos, godos, francos y germanos en pena de los pecados de aquellas naciones orgullosas. El pecado hizo que desapareciesen de la memoria de los hombres los tiros y sidonios, los idumeos y moabitas, los Príncipes de Endor y los descendientes de Ciro y Alejandro. El pecado hirió de muerte á Saul, afligió á David, dementó á Salomon, puso frenético á Roboan, hizo insufribles á Gezabel y á la infame Atalia, llevo cautivos los Israelitas á Babilonia, aterró á Baltasar y á cuantos con el profanaron los vasos del santuario, y por todo el Universo, por todas las naciones, reinos y provincias ha ido *haciendo miserables á los pueblos llenándolos de calamidades.*

¿Podiera acaso imaginarse reinado mas funesto que el del pecado? Este: ¿no lleva consigo la desolacion mas espantosa con los males que causa? Jamas en parte alguna hubo pecados públicos, sin públicos castigos. Si vemos al arrogante Pompeyo entrar en el *Sanctu Sanctorum* con desprecio de un Dios grande, tambien le vemos despreciado por Dios en los campos de Farsalia, decapitado en el Egipto y arrojado su cadáver en los mares. Si el protervo Craso roba con descaro el tempo santo, el mismo Craso queda ciego en el Eufrates, deshonrado y muerto por los Partos en Seleucia. Si Nerón y sus sucesores se complacen en ver correr la sangre de catorce millones de cristianos que atormentados de mil modos y maneras murieron por Jesus, tampoco se deseuida la historia en presentarnos á Nerón suicidándose barbaramente, á Valerio Máximo podrido y cubierto de llagas ediondas y asquerosas, á Domiciano asesinado, á Valeriano desollado vivo y echado en sal, á Dicoleciano golpeándose la cabeza en las paredes, y ahoreado á su compañero Maximiano. Vemos que Juliano apóstata herido del cielo perdió la vida rebolcándose en las heces de su sangre impura, que Anastasio Emperador de Oriente fue partido de un rayo y Falaris muerto en el potro de metal que inventó para esterminar á los demas hombres. Las atrocidades de los Marios y de los Sillas, las

infamias del sanguinario Amasis y del impio Antíoco, el despotismo de Pisistrato y Demetrio, la tiranía de Hiparco, la ferocidad de Tiverio, la impureza de Calígula; todos, todos los públicos pecadores han sido castigados publicamente, muriendo muchos de ellos rabiando para caer desesperados en los fuegos sempiternos. Sean en este momento conmigo las capacidades con que se honran las ciencias y las artes, y digan sino es el pecado un Corio inhumano que despedaza á los hombres en esta vida para que las furias infernales los atormenten en la eterna. Que digan los pecadores todos... Pero ¿para qué me canso? ¿Para qué os fatigo? si todos sabeis que en donde reina el pecado no está Dios, y que en donde no está Dios todo es horror, toda miseria, toda calamidad y todo infierno?

Sea nuestra España la prueba de estas verdades y veamos lo que fue con la virtud, y lo que es ahora con el pecado. ¿Se ha visto acaso en todo el orbe una nacion tan grande, fuerte y poderosa como la Española mientras que fue fiel á su Dios y aborreció los pecados públicos?

En la capital de Castilla; Señores: en la capital de Castilla estaban los Reyes católicos cuando recibieron la noticia de que los españoles habian descubierto y conquistado nuevos mundos. En todos los templos de nuestra monarquía se celebraron sucesos tan faustos, en todas partes se predicaron los triunfos y victorias que alcanzaron nuestros mayores en regiones desconocidas. De esta provincia salieron héroes esclarecidos que llevaron nuestra religion santa al grande imperio del Tiber y á las dilatadas regiones del Congo, del Nepar y Angola. Nuestros padres pusieron la cruz de Jesucristo sobre las cimas de los Andes, invocaron los dulcísimos nombres de JESUS y de MARIA entre los Bonzos, Lamas y Braemanes de la India, convirtieron sus padogañ en templos santos, é hicieron que el mundo entero reconociese á nuestra metrópoli como á la señora de mil provincias, como á la reina de los reinos conocidos, como á la nacion poderosa que influía en la suerte de los mil millones de habitantes que tiene el globo. ¡Qué recuerdos estos tan dulces! ¡Oh! y como se recrea el alma al recordar las glorias de nuestra patria sin pecados! Los virtuosos españoles arrojando de su suelo á los Sarracenos, confundiendo á los alvigenses, luteranos y calvinistas y librando á la Europa de la general confragacion del siglo XVI hicieron ver á las naciones lo que es un pueblo que tiene á

Dios por su señor, atrageron las bendiciones del cielo sobre nuestro reino, y la prosperidad, la abundancia, la paz y la gracia. eran los frutos que producian las virtudes españolas.

Pero desaparecieron como rápidas y fugaces sombras tantas dichas! El pecado con sus fúrias penetró en esta escogida tierra de Gesen, y se ha convertido en llanto nuestro gozo! Hemos ofendido á Dios con pecados que no conocieron nuestros padres, hemos abierto las puertas á la gran Bestia del Apocalipsi y no, no es ya nuestra España la Jerusalen santa de los hijos de Dios! Es mas bien un Egipto abominable, una Sodoma impura, una Babilonia adúltera en que hasta los mismos santos llegan tal vez á prostituirse profanando los sagrados cánticos del Señor. Decidlo si no vosotros, hombres y mugeres de 40 años, decid si ésta es la España en que nacisteis, os educasteis y tomasteis estado.

¿No os enseñaron vuestros padres, como los suyos al joven Tobias, á temer á Dios y á huir del pecado? No os apartaban de todo lo malo diciéndoos «hijos míos, no pequeis por que Dios castiga á los malos con el infierno?» No os aterrábais y estremeçais cuando se cometia un pecado público?

Y ahora! ¿Y en estos dias de impiedad, de irreligion y de libertinage ¿qué es lo que vemos, oímos y palpamos todos? Vemos á los grandes y pequeños blasfemar públicamente de Dios, de María Santísima y de cuanto respetan los cielos y la tierra. Vemos aplaudir y acariciar á los audaces y atrevidos que estremeecen con sus demasias á los honrados y pacíficos ciudadanos. Vemos que muchos vienen á los templos, no para orar, alabar y bendecir á aquel Dios que ha de juzgar á los vivos y á los muertos, sino para escandalizar, para hacer de la casa del Señor un punto de cálculos criminales á propósito para asaltar la piedad y la inocencia. Vemos venir á ciertas gentes á oír la palabra de Dios, no para convertirse y escuchar respetuosamente la voz del Ministro de Jesucristo, sino para ver si se desliza el predicador, como si el predicador predicando las virtudes cristianas no mandase dar al Cesar lo que es del Cesar y á Dios lo que es de Dios: como si no digésemos que nuestro Dios manda obedecer, amar y respetar á las autoridades civiles que no en vano tienen la fuerza y el poder segun San Pablo: como si no trabajásemos con obras, palabras y ejemplos para unir y reconciliar á todos los españoles. No, no busqueis en los púlpitos á los enemigos del orden y de las instituciones que todos respetamos. Buscadlos mas bien entre los públicos pecadores, entre los afiliados en las banderas del pe-

cado, entre los que no quieren acabar de convencerse de que siendo el pecado la causa de todos los males hace miserables á los pueblos llenándolos de calamidades, como lo dice el Espíritu Santo, como lo prueba la historia del Universo, y como lo experimentamos con ese diluvio de desgracias que afligen á nuestro reino.

Y que remedio honrados y virtuosos vecinos de N.º ¿Qué remedio para atajar esos torrentes de desolacion que tenemos á la vista? Qué remedio para que no nos devore el mónstruo del pecado que ha invadido nuestra patria? No hay otro que el de convertirnos y humillarnos delante del Señor para decirle:

Siempre Dios omnipotente, siempre habeis salvado á vuestro pueblo conrito y humillado. Jamás habeis apartado vuestro rostro de los que han confesado sus pecados pidiendo misericordia. Nosotros, señor, conocemos lo que da de sí el pecado y lo detestamos: aborrecemos la impiedad: somos españoles y queremos vuestra religion santa: queremos vivir unidos con los lazos de la caridad mas acendrada; queremos y os pedimos vuestra gracia para ser virtuosos esta vida y eternamente felices con vos en la Gloria que á todos deseo. Amen. *+ Em*

MADRID:

IMPRENTA DE FROSSART Y COMP.
CALLE DE LAS TRES CRUCES, NUM. 3,
1844.





**Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina**



1376145